

Francisco Aguilar Piñal

Los Comentarios para la historia del destierro, del P. Alonso Pérez

El benemérito P. Uriarte, en el tomo V de su *Catálogo de obras anónimas de autores de la Compañía de Jesús*, cita una obra inédita, que obraba en su poder, de autor anónimo, pero que él adjudica al jesuita expulso P. Alonso Pérez de Valdivia, cuyo título es: *Comentarios para la historia del destierro, navegación y establecimiento en Italia de los jesuitas andaluzes, escrito por uno de ellos, sacerdote profeso*, en varios volúmenes.¹

Efectivamente, el P. Alonso Pérez había nacido en Córdoba el 24 de septiembre de 1723. Ingresó en el noviciado sevillano de San Luis, desde donde pasó a completar su formación en los colegios jesuitas de Carmona y Granada, para terminar sus estudios de teología en el colegio de San Hermenegildo de Sevilla. Ordenado de sacerdote en esta ciudad el año 1748, terminó su tercera probación en Baeza, transcurriendo su carrera docente en los colegios de Arcos, Morón de la Frontera, Andújar, Córdoba, Málaga y Sevilla. Pasó un año en la Casa Profesa de esta última ciudad como encargado de la resolución de casos morales, pero la expulsión le sorprendió en Jaén, en cuyo colegio era catedrático de teología moral. Había hecho la profesión solemne el 2 de febrero de 1757. Treinta años después del destierro en tierras italianas volvió a España, acogándose al permiso decretado por Carlos IV en 1797. Falleció en Sevilla, víctima de la peste que diezmo a esta ciudad al finalizar el siglo.² El P. Pérez es autor también de una crónica del viaje desde Civitavecchia hasta sus lugares de destino, como continuación del

¹ José Eugenio Uriarte, *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia española*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1904-1916 (vol. V, p. 373).

² Véase: Francisco de Borja Medina, "Ocaso de una Provincia de fundación ignaciana: la Provincia de Andalucía en el exilio (1767-1773)", *Archivo Teológico Granadino*, 54 (1991), p. 72.

Diario del P. Diego de Tienda, también cordobés, estudiado por José Antonio Ferrer Benimeli.³

El manuscrito de los *Comentarios*, que poseía el P. Uriarte en 1916, se dio por perdido durante la Guerra Civil española de 1936, pero he tenido la suerte de encontrarlo en la Biblioteca Nacional de Madrid, donde ingresó después de la contienda, gracias al Servicio de Recuperación Bibliográfica. Hoy día permanece en dicho depósito, aunque sólo he podido localizar un volumen, que corresponde a los años 1778 y 1779, tomos X y XI de la obra.⁴ Estos son los textos que voy a comentar, aunque limitándome a cuanto hace referencia a la vida cultural promovida por los jesuitas expulsos en Italia en los diez años siguientes a su llegada.

Hasta ahora creo que ningún historiador de la Compañía de Jesús se ha ocupado de este manuscrito inédito. Tampoco lo hace el P. Miguel Batllori, que sólo se ocupa de las grandes figuras del destierro en su conocida recopilación de artículos sobre el tema, el cual, con toda razón advierte que la literatura hispano-italiana del XVIII “tiene muy poco de creación y mucho de erudita”.⁵ Al tratar de Andalucía, el propio Batllori reconoce que esta provincia “había perdido bastante de aquel alto nivel que tenía en ella la Compañía en el siglo anterior”. Salva, sin embargo a algunas figuras, como a Juan de Osuna, que cumple en el destierro “una misión periodística, religiosa, cultural y española cuya extensión y alcance compensa su poca profundidad”⁶ o al P. José Salvador Vargas Machuca (1745-1807), “que propugnaba, conforme a las corrientes de la época, la enseñanza de la teología en lengua vulgar”.⁷ No obstante, ninguna de las grandes personalidades del destierro pertenecían al ám-

³ José Antonio Ferrer Benimeli, “Córcega vista por los jesuitas andaluces expulsos”, en *El siglo que llaman ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*. Coordinado por J. Álvarez Barrientos y J. Checa Beltrán. Madrid, CSIC, 1996, pp. 359-368.

⁴ Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 20550. Según el P. Uriarte, el manuscrito que obraba en su poder estaba también incompleto, pues comenzaba con el tomo IX (1777) y continuaba con fragmentos de los años 1781 a 1789. Estos últimos, según Enrique Giménez López, se conservan en el Archivo de la Compañía de Jesús, en Alcalá de Henares.

⁵ Miguel Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos (1767-1814)*. Madrid, Gredos, 1966, 17.

⁶ *Op. cit.*, p. 23.

⁷ *Op. cit.*, p. 51.

bito andaluz, como fueron Hervás, Andrés, Arteaga, Eximeno, Masdeu, Montengón, Lampillas. Sin ellos, prosigue Batllori, “la cultura literaria de España quedaría notablemente mutilada”.⁸

Sobre el P. Manuel Luengo, autor de los sesenta y tantos tomos manuscritos del *Diario* del destierro, conservado en el archivo de Loyola, donde da noticia de las publicaciones de los expulsos que, año tras año, iban apareciendo en Italia, Batllori se muestra severo y desdeñoso, ya que lo califica de “viejo cerrado y antipático”, con un “afán morboso de chismeras políticas y un espíritu de capillita que llega a hacer antipático su mismo amor a la Compañía”.⁹ No obstante su obra inédita ha sido aprovechada por todos los que se han dedicado al tema, en especial el P. Uriarte, en su *Catálogo razonado*.

En cambio, este otro inédito del P. Pérez ha pasado desapercibido. El jesuita cordobés, o mejor dicho, lo que fragmentariamente se conserva de sus *Comentarios*, no trata, por razones cronológicas, los dos acontecimientos más importantes que sacudieron a la Iglesia italiana en el siglo XVIII, a saber, el Sínodo de Pistoya (1786) y la Asamblea episcopal de Florencia (1787). Ambos están relacionados con la polémica jansenista, en la cual la Compañía de Jesús era parte afectada.¹⁰ El jesuita cordobés se limita a ir anotando los sucesos contemporáneos, tanto políticos y sociales como culturales de la Compañía en el exilio, con especial atención a sus hermanos de la Provincia de Andalucía, tanto en Italia como en el resto de Europa.

Lo que destaca desde la primera página es la unión y solidaridad de los religiosos expulsos, unidos tanto en la desgracia como en la fe y en el amor a la institución ignaciana. Así lo reconocía, hace un siglo, el padre Gallerani: “Los emigrados españoles, lejos de su patria, arrojados a un país extraño, dispersos por las legaciones de la Iglesia, continuaron estrechamente unidos entre sí como por lazo invisible, más fuerte que todas las cadenas, sin que ninguna violencia de los hombres o de los

⁸ *Op. cit.*, p. 54.

⁹ *Op. cit.*, p. 75.

¹⁰ Sobre sus repercusiones en España puede consultarse la obra de Andrés Barcala Muñoz, *Censuras inquisitoriales a las obras del P. Tamburini y al Sínodo de Pistoya*, Madrid, CSIC, 1985.

sucesos bastara para romperlo.”¹¹ Los *Comentarios* del P. Pérez van en esta misma dirección, cuando escribe: “Con estos verdaderos trabajos y poco sólidos consuelos pasan su destierro las Provincias jesuíticas de España, mezclándose más entre sí después de la supresión.”¹²

La mayoría de los acontecimientos particulares que describe el antiguo profesor del colegio de Jaén son ya conocidos por estudios posteriores, pero conservan la frescura de la coetaneidad y de la espontaneidad de quien los ha vivido de cerca, con la valoración añadida de poder confirmar, completar o corregir lo que ya se admite como cierto. Comenzando por los más remotos lugares de la geografía continental, reconoce con ingenuidad tanto los éxitos como los fracasos de la Compañía en las diferentes Cortes europeas durante el bienio 1778/79. Sus mayores elogios van para Rusia, cuya Emperatriz Catalina II se mostraba protectora de la misma Compañía, sin admitir en sus dominios el Breve papal de supresión. Desde la fundación de un noviciado en Plock, cerca de Varsovia, al que destinó cuantiosas rentas, hasta el decreto imperial por el que permitía a los misioneros católicos hacer prosélitos en todo su Imperio. El comentarista no oculta su entusiasmo cuando escribe que “muchísimos pretendientes” acudían a este noviciado polaco, especialmente de Polonia y Alemania, en tal cantidad que el Provincial hubo de ordenar el cese de las admisiones “con enfado de Catalina”, que obligó a admitir a “todo el que fuera digno”. El nuevo edificio fue descrito así por la *Gaceta de Florencia*: “Por ventura no hay en todo el mundo fábrica semejante de colegio. Con la extensión que le ha dado la inmortal Catalina, ha llegado a ser una cosa digna de su autora. Derribóse un barrio entero, que habitaban los judíos, y la fábrica que en todo ese espacio se erigió fue añadida al dicho colegio. En él hay un nuevo noviciado para jesuitas, convicto de nobles, seminario para jóvenes ciudadanos y otro para hijos de artífices. Hay una espaciosa y estupenda Librería, una bellísima Botica para uso de todo el colegio, con sus boticarios, médicos y cirujanos, y un dilatado jardín que por su amenidad puede ser comparado con el de Lúculo. En medio de la gran

¹¹ Alejandro Gallerani, *Jesuitas expulsos de España, literatos en Italia*. Traducción del italiano, con apéndices. Salamanca, 1897, p. 65. Este estudio comenta la publicación, en 1890, de la obra de Sommervogel, *Biblioteca de los escritores de la Compañía de Jesús*, publicada en París-Bruselas.

¹² *Comentarios*, fol. 96 v.

fábrica hay un grandísimo patio, en cuyo entorno están las escuelas y una capilla para las diversas congregaciones de estudiantes. Toda la casa es capaz para 700 personas.” Y añade el traductor, que es el propio autor de los *Comentarios*: “Corre ya un mapa de esta magnífica fábrica, tan codiciado que no han bastado nuestras diligencias para adquirir un ejemplar.”¹³

A imitación de Rusia, Federico II de Prusia puso empeño semejante en sus dominios “para la mejor educación de la juventud”, siendo provincial el P. Orloski, aunque los jesuitas de la Silesia se hubieron de secularizar, mudando de hábito, pero no de costumbres y funciones eclesiásticas. “De todos los jesuitas residentes en dominios austriacos sólo se sabe de uno que sea desgraciado”, continúa el cronista, para añadir que “casi todos los príncipes católicos de Alemania favorecen a los jesuitas y los conservan en sus mismas casas, sin otra novedad que la del hábito”. En la corte de Viena, treinta religiosos de la Compañía “predicaron este año la Cuaresma”, y los PP. Luis y Manuel Valdivia, granadinos, que pasaron de Bolonia a Viena, “volvieron cargados de honores”. En definitiva, para resumir, todas las cortes de Europa ya citadas, como las de París y Londres, y la “nueva” de Lisboa, reconocían y amparaban a los expulsos.

Sobre los jesuitas portugueses el P. Pérez escribe bastantes páginas, entre las que destacan las que incluyen estos elogiosos párrafos dedicados al P. Monteiro: “Después de la supresión de la Compañía, la ciudad de Ferrara, con magníficas asistencias del reynante Pontífice, elevó su decadente Universidad a un estado capaz de competir con las más famosas. A esta empresa ayudó mucho el P. Monteyro [...]. La elevación de sus talentos, y las calidades de jesuita y extranjero, le suscitaron una emulación tan intolerable que, cediendo a ella, espontáneamente dejó la Universidad y se retiró a Bolonia. Pero al punto comenzaron a decaer las Escuelas.” En otro lugar comenta que la ciudad de Ferrara “ha dispensado un honor memorable al P. Monteyro. La avía éste ilustrado mucho con sus raros talentos y escritos, principalmente con el *Curso de Filosofía* que allí dictó, y estampado corre con grande

¹³ En la Biblioteca Nacional de Madrid se puede consultar un manuscrito titulado: *Relación verdadera del estado en que se hallan los jesuitas en los Estados de la Rusia* (Ms. 12.975/32).

aplausos por Italia y otras regiones extranjeras”.¹⁴ También fue elevado el P. Monteyro “con un decreto muy honorífico a Prefecto y Director General de aquellos Estudios, asignándole un honorario annuo de 340 escudos”. Al ultraconservador Menéndez Pelayo, aun reconociendo su gran erudición, no le resulta un autor simpático, ya que su eclecticismo le permitía elogiar a Locke, Bayle, Shaftesbury, Helvecio, Rousseau, Leibniz y Wolff, todos ellos filósofos destacados de la Europa de las Luces.¹⁵ Lo cierto es que la importancia del jesuita portugués fue ya apuntada por su hermano de hábito, que dio sobre él las primeras noticias biográficas, no recogidas en las modernas historias de la Compañía, sobre todo su actuación como profesor de Filosofía y Prefecto de Estudios en la Universidad de Ferrara, que hubo de abandonar por la presión de los envidiosos.

Más adelante, el P. Pérez parece engrosar la nómina de los envidiosos, al comentar la vida desahogada y nada incómoda de los jesuitas portugueses, concentrados en los convictorios de Roma, Frascati, Pésaro y Urbana, “a excepción de pocos, que viven separados en casas particulares”. Alaba la unión de esas cuatro comunidades, que “lo pasan bien”, como escribe, ya que, “no habiéndolos obligado a admitir un superior extraño, según el tenor del Breve de supresión, viven repúblicamente, comprometiéndose los unos en los otros para los oficios necesarios a su conservación; y como entre ellos duran todavía muchos de los antiguos respetos, gozan de toda la confianza y charidad mutuas con que se vivía en una casa de la Compañía. La Reverenda Cámara les pasa graciosamente la habitación, les da diariamente dos reales de vellón y veinte escudos a cada uno todos los años para el vestido; y los sacerdotes para sus gastos personales se ayudan con la limosna de la misa, que no les falta. Absolutamente viven con más comodidad que nosotros, los españoles”.¹⁶

¹⁴ Cito la segunda edición, corregida: *Ars critica, rationis dirigendae, seu philosophica humanae mentis institutio Logica communi usu nuncupata secundum Eclecticae Philosophiae leges adornata. Auctore Ignatio Monteiro. Editio secunda veneta ab auctore correctae, aucta et illustrata*. Venetiis, Tipis Antonii Zatta, 1777, 366 pp.

¹⁵ Sobre su aportación a la Filosofía, puede consultarse: F. Rocha Guimarães, “Inácio Monteiro e a Filosofia do seu Tempo”, *Brotéria*, 31 (1940), pp. 506-520.

¹⁶ *Comentarios*, fol. 75.

A creer al P. Pérez, de todas las cortes europeas, la de Madrid era la que peor se portaba con los expulsos, lamentándose del “increíble tesón de su indignación contra nosotros”. A los enfermos que habían quedado en España se les había rebajado de nueve a tres reales su asignación diaria. Pero también los desterrados habían sentido este año de 1778 la severidad del gobierno español. Por ejemplo, se les ordenó, bajo pérdida de la pensión, que ninguno tuviera correspondencia con sus familiares por cartas escritas o recibidas, “sin que las leyera los comisarios reales”. En sus consideraciones morales, el jesuita andaluz estima como castigo de Dios el incendio del teatro de Zaragoza y el terremoto que sacudió a Granada. También se hace eco del proceso inquisitorial contra Olavide, al que llama “exterminador de los jesuitas”, transcribiendo íntegra la sentencia; y de la causa seguida contra la indecente “Hermandad de la Bella Unión”, ejemplo de la corrupción sexual que socavaba a la alta sociedad madrileña.¹⁷

El año siguiente (1779) fue, en opinión del comentarista, “desgraciadísimo para España”. Su comentario se basa en las consecuencias del sitio de Gibraltar: “Óyese un lamento universal en las familias por las continuas forzadas levadas de gente.” Aunque, “con ocasión de esta guerra, prosigue, los jesuitas desterrados de España tenemos la satisfacción de oír los aplausos que corren por toda Europa del Capitán más humano con nosotros en nuestra navegación, don Juan de Barceló, cuyos heroicos hechos acaban de elevarlo al grado de Teniente General de la Marina de España y de Mariscal con sueldo en la de Francia”.¹⁸ Extremando su opinión antibélica, califica de “arbitrios gravosísimos” los impuestos ordenados por Carlos III para sufragar los gastos de guerra y descalifica la actitud del rey, el cual “se ha apoderado de todos los depósitos del Reyno, seculares y eclesiásticos, por juro de heredad. Todas las alcabalas y contribuciones han subido a términos jamás vistos; y no bastando esto, no se tiene por buen vasallo quien no ofrezca algún grazioso donativo al Rey”. Estas y otras noticias semejantes eran las que, a través de sus familiares, recibían los religiosos de la Compañía des-

¹⁷ Id., fol. 88 v.

¹⁸ En efecto, el marino mallorquín Barceló, capitán de la nave *El Atrevido*, estuvo al mando de la flotilla de 13 navíos que transportó a Italia a los jesuitas aragoneses desde el puerto de Salou. Tres años antes, Barceló había logrado derrotar a tres paquebotes piratas de Marruecos.

terrados en Italia, adversas, como era de esperar, a la política de Carlos III.

De las páginas manuscritas de los *Comentarios* se pueden extraer datos de toda índole, en especial de las polémicas teológicas y de los altibajos sufridos por la Compañía en sus relaciones con la Santa Sede, el episcopado italiano y las demás órdenes religiosas. Pero también noticias de carácter cultural, que son las que aquí más nos pueden interesar. Antes conviene destacar el énfasis que el P. Pérez pone en la actividad de los jesuitas como promotores de la piedad popular, y como personas de conducta ejemplar. “El buen ejemplo que dan todos, comenta satisfecho, cierra la boca a los adversarios de la Compañía.” Con respecto a la piedad, se enorgullece de la rápida expansión del culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús, sobre todo en Ferrara y en Faenza, en Frascati y en Roma, en cuya iglesia de San Antonio de los Portugueses se celebra su fiesta “con regia pompa”. Y agrega, resumiendo su pensamiento: “el Cielo bendice largamente estos esfuerzos de los jesuitas y al mismo tiempo los consuela con los aumentos con que por todas partes crece esta devoción.” Así, la Compañía contribuye, aun en el destierro, a una piedad sentimental propia de la época, como destaca un historiador de nuestros días: “La religión participa a su manera de la antropología sentimental contemporánea. La piedad que se propaga en esos años es la del Corazón de Jesús, que es bastante irracional, pero que indica el interés por cristianizar ese órgano de la naturaleza humana, el cual se valora más que el cerebro.”¹⁹ Uno de los apóstoles de esta devoción fue el P. Juan Bautista Fauvre, jesuita romano que había fallecido en Viterbo en 1780, a los 77 años, y que fue un incansable promotor del Corazón de Jesús, hasta el punto de que su celo cristiano pudo ser comparado con el de San Atanasio. Esta pérdida, fue muy sentida por la República Literaria, que le hizo un solemne funeral, acompañado de una sesión fúnebre en la Academia de los Ardientes, de Viterbo.

“No menos que en la piedad se distinguen en las ciencias los jesuitas españoles, en medio de una nación que despreciaba la nuestra como bárbara, y ya comienza a respetarla como ingeniosa y erudita.” Este comentario del P. Pérez habla bien a las claras del enorme cambio de opinión experimentado en Italia durante la primera década de estancia

¹⁹ F. Sánchez-Blanco, *La mentalidad ilustrada*, Madrid, Taurus, 1999, p. 326.

en ella de los religiosos de la Compañía. Su primera conclusión es que “los desterrados jesuitas españoles cada día se hacen más respetar por la común integridad de sus costumbres y por los preciosos frutos que produce su ingenio y constante estudio”. Y en segundo lugar, concluye que “si de esta vez no se extingue en los italianos la mezquina idea que tienen del talento y doctrina de los españoles, adolecen de incurable enfermedad”.

El fermento intelectual de los expulsos españoles comenzó en 1778, al aparecer en Génova el primer tomo del *Saggio apologetico della letteratura spagnuola*, obra polémica en la que el jesuita catalán Francisco Xavier Lampillas (1731-1810) pretendía contradecir las opiniones anti-españolas de jesuitas italianos, Tiraboschi y Bettinelli, anécdota bien conocida en nuestra historia cultural. Pues bien, a los pocos meses de publicados los tres primeros tomos, comenta el jesuita cordobés: “La obra del P. Lampillas contra el P. Tiraboschi cada día se hace más plausible. Consumida en poco tiempo la primera impresión de Génova, se hizo una segunda en Roma. A poco tiempo, ya no se halla un exemplar.” La respuesta pública del respetado Tiraboschi se redujo a una *Carta* de un pliego, impresa en Módena, que suscita el siguiente comentario: el público italiano “quedó sorprendido, viendo que un literato de los más acreditados de Italia intentaba confutar tres tomos enteros de validísimos argumentos con un brevísimo escrito, entre cuyas bellas palabras no reluze razón ninguna”. Añade, orgullosamente, que el mismo rey Carlos III ordenó dar las gracias al P. Lampillas, “y que se le diera durante su vida pensión doble, y que se mandase traducir su obra para imprimirla a expensas del Real Erario”. Estas afirmaciones convierten al P. Pérez en el primer apologeta del P. Lampillas, tomando partido contra otro religioso de la Compañía, cosa bastante frecuente entre los hijos de San Ignacio. Tampoco se olvida de mencionar al P. Andrés Febrés (1734-1790), ardiente defensor de su paisano Lampillas, ni del levantino Tomás Serrano (1715-1784) que moriría en Bolonia cinco años después. A esta siguieron otras polémicas, como la suscitada sobre el teatro barroco español, recientemente estudiada.²⁰

²⁰ J. C. de Miguel y Canuto espiga sus opiniones sobre la comedia barroca española en “Voces españolas, ecos italianos: los jesuitas expulsos y la polémica sobre el teatro barroco”, en *Teatro español del siglo XVIII*, de Josep M. Sala Valldaura (ed.), Universidad de Lérida, 1996, II, pp. 625-651.

“Muchos otros jesuitas españoles, escribe Alonso Pérez, concurren al honor de su nación y de su extinguida Religión, publicando con aceptación varias obras impresas, ya en latín, ya en italiano, y muchos más son los que divierten el ocio en composiciones manuscritas que pueden llegar a ser útiles en algún tiempo”. Entre éstos, destaca al P. Antonio Eximeno (1729-1808), antiguo Director del Seminario de Artillería de Segovia, que “hacía grande honor a la Nación con sus producciones literarias, y singularmente con la *Historia de la Música* (1774), y al P. Lorenzo Hervás, de la Provincia de Toledo, de cuya obra dice que “los primeros tomos abundan de tanta y tan exquisita doctrina moral y dogmática, y de tanta erudición histórica, física, médica y matemática que los eruditos desean con ansia los siguientes”.²¹ Se convierte así el comentarista Alonso Pérez en uno de los primeros historiadores que llaman la atención sobre las grandes figuras literarias de los jesuitas españoles del destierro, empeñados en combatir la imagen negativa que se tenía en Italia de la España borbónica.

Empero, a fuer de sincero, no deja de anotar otros casos, más o menos vergonzantes, cuyos protagonistas eran también religiosos de la Compañía, muchos de ellos secularizados, gracias a las facilidades ofrecidas por la Santa Sede. Entre los jesuitas que no supieron afrontar los sufrimientos anejos al destierro hubo muchos que se fugaron, otros que pidieron la salida de la Orden y otros, únicamente la dispensa del cuarto voto de obediencia al Papa. Pero los hubo también que buscaron el acomodo en una nueva vida, fuese matrimonial o no, intentando por todos los medios posibles destacar en la vida civil italiana. “Nuestras aventuras y trabajos, dice el P. Pérez, como han sido bastantes para quitar a tantos la vida, no es maravilla que hayan quitado el juicio a muchos, antes lo es que se conserven algunos vivos y cuerdos.”²² Y pone el ejemplo de un joven de la provincia de Paraguay que “se hizo astrólogo con la intención de imprimir todos los años su pronóstico [...]. El primero se tituló *El barrendero de las estrellas*, obra que aun en las tabernas y bodegones se leería con asco y desprecio, quedando hecho ridículo y pobre, por donde pensaba adquirir fama y dinero”. Otro

²¹ La *Idea dell'Universo che contiene la storia della vita dell'uomo*, del P. Hervás, comenzó a publicarse en Cesena en 1778. Aún no se conocía el *Catalogo delle lingue conosciute* (Cesena 1784).

²² *Op. cit.*, fol. 105.

ex-jesuita escribió al Príncipe de Asturias, quejándose de su miseria. Alguno, sin atreverse a tanto, intentó ganarse la simpatía de los gobernantes españoles enviando al Consejo de Castilla una larguísima Memoria en la que intentaba probar, con documentos hallados en su destierro, que la verdadera patria de Don Quijote de la Mancha era la ciudad de Pésaro, en el ducado de Urbino. Las consecuencias fueron fatales, porque finalmente terminó en el manicomio de Faenza, que estaba al cuidado de los Hermanos de San Juan de Dios.

Sin embargo, la inmensa mayoría de los que siguieron siendo fieles a su vocación dieron ejemplos notables de abnegación y entrega apostólica, con la esperanza de una inmediata, como dice el comentarista “resurrección de la Compañía de Jesús”.²³ En la ciudad de Bolonia y sus alrededores se habían instalado los jesuitas de la provincia de Castilla y de Méjico; en Ferrara, los de Aragón y Perú; en Imola, a cinco leguas de Bolonia, los de Chile; en Faenza, los procedentes de Paraguay; en Forlì, los de la provincia de Toledo; en Rímini, a orillas del Adriático, los jesuitas andaluces.²⁴ Los coadjutores tuvieron muchas facilidades para ordenarse *in sacris*, con lo cual “se extinguió en ellos, afirma el texto, el espíritu de matrimonio y muchos se arrepienten de haberse casado, viendo la facilidad y oportunidad que perdieron de ser sacerdotes. Pasan ya de algunos centenares los ordenados y muchos se preparan todavía, estudiando fervorosamente”. El cronista, que escribe cuanto siente, sin vanidad ni hipocresía, se maravilla de los caminos de Dios, que para suplir a los sacerdotes secularizados o fallecidos, se sirve de estos hermanos legos, que “aunque idiotas, pueden aprender lo bastante para ser útiles operarios”.²⁵

Algunos coadjutores menos “idiotas” estudiaron medicina en la universidad, logrando graduarse y ejercer la profesión con bastante crédito del pueblo. Un jesuita joven, de nombre José Fernández, fue contratado

²³ Esperanza no del todo vana, como sabemos, porque el 11 de marzo de 1798 Carlos IV aceptó que volvieran “a casa de sus parientes o a conventos, con tal que no sea en la Corte y Sitios Reales”. Permiso que no fue total hasta el 15 de noviembre de 1808, estando en Aranjuez la Junta Central, con Floridablanca como Presidente. Finalmente, el Papa Pío VII restablecería solemnemente la Compañía de Jesús, ante 150 jesuitas, en la iglesia romana del Gesù, por la bula *Sollicitudo*, el 7 de agosto de 1814. El restablecimiento en España tuvo lugar el 30 de mayo de 1815.

²⁴ Gallerani, *op. cit.*, pp. 275-276.

²⁵ *Op. cit.*, fol. 126.

por el embajador de Bolonia en Roma en calidad de ayo de sus hijos, como, por otra parte, sucedió con muchos otros expulsos. Los nombres que cita son prácticamente desconocidos, dejando sin citar a otras figuras señeras de la cultura hispano-italiana del Setecientos, como los de Juan Francisco Masdeu (1744-1817) que estaba en esos años preparando el primer volumen de su *Storia critica di Spagna* (Foligno 1781) o el P. Juan Andrés (1740-1817), Bibliotecario Real de Parma, que aún no había publicado su más famosa obra sobre la historia literaria (Parma, 1782-99), pero que ya era conocido por sus cartas y disertaciones eruditas (1776-79).²⁶ En vano buscaremos tampoco los de Arteaga, Isla, Montengón, Terreros, Mendiburu, Meliá, Requena, Salazar, los hermanos Nuix y Perpiñá o Juan Domingo y Santiago Coleti. Tampoco aparecen traductores al italiano, como Conca, traductor de Ponz; Antonio García, traductor de Iriarte y Jovellanos; o Pedro García de la Huerta, que tradujo *La Raquel* de su hermano Vicente. No figuran Fernández Palazuelos, traductor de Parini al castellano; ni Juan Bautista Colomé, autor de oratorios, dramas y tragedias, como Manuel Lasala, Bernardo García y Juan Clímaco Salazar.²⁷ Tampoco menciona al P. Antonio Pinazo, que ingresó en los Árcades de Roma con el nombre de “Hiparco Epiceo”. Esto no es de extrañar, porque los *Comentarios* no se proponen establecer un censo de jesuitas literatos en Italia. La inspiración del autor no era tan exhaustiva. La humildad de su propósito se refleja al comentar que “un jesuita aragonés recoge por todas las Provincias españolas el argumento y nombre de los autores de todas estas obras para formar una *Memoria*: de que hemos juzgado indignos estos nuestros borrones”.²⁸

El Obispo de Rímíni, a cuya diócesis se habían acogido los jesuitas andaluces, y que era “apasionadísimo por las Letras”, como dice el

²⁶ Un breve pero útil examen de la obra del P. Andrés puede verse en: Guido E. Mazzeo, “Los jesuitas españoles del siglo XVIII en el destierro”, *Revista Hispánica Moderna*, 34 (1968), pp. 344-355.

²⁷ Véase: Maurizio Fabbri, “Il teatro tragico ispano-italiano dei Gesuiti espulsi”, en *I Borbone di Napoli e i Borbone di Spagna. Un bilancio storiografico*. A cura di Mario Di Pinto, Napoli, Guida Editori, 1985, II, pp. 405-419.

²⁸ Ignoro de quién habla. No puede tratarse del diarista P. Luengo, que era natural de Nava del Rey. Menéndez Pelayo, que con tanto entusiasmo se propuso estudiar la obra de los jesuitas expulsos, sin llegar a verla concluida, resulta ser un arsenal de noticias, como se aprecia en la antología de Miguel Cascón, *Los jesuitas en Menéndez Pelayo*, Santander, Sal Terrae, 1940.

P. Pérez, “instituyó una Academia de personas eruditas que escogió de todos los gremios de esta ciudad”, de la que formaron parte tres jóvenes jesuitas, cuyos nombres nos transmite el comentarista, pero que son desconocidos a Menéndez Pelayo. Se trata de los religiosos Francisco de Vega, José Ruiz y José de Silva, “jóvenes de acreditado talento”.²⁹ El propio prelado presidía las reuniones y proponía los temas de las disertaciones, alternando los sagrados con los profanos. Del P. Silva sólo se sabe que fue colaborador del P. Hervás.³⁰ El abate Fernando Morillas, de Morón de la Frontera, que había dejado la Compañía antes de la supresión, envió a la Real Academia Española un volumen de notas y correcciones al *Diccionario*, que la Academia agradeció. Poco más se puede extraer de asuntos culturales en este manuscrito inédito, como no sea la estadística de fallecidos, entre los que hay profesores y ayos privados. En 1778 murieron en Rímini cuatro jesuitas andaluces, y al año siguiente otros nueve, seis de ellos coadjutores.

En 1779 el P. Alonso Pérez, residente en Ravenna, se congratula del ascenso del cardenal Borromini a la Corte Romana. En la diócesis de Ravenna le sucedió el cardenal Valentí Gonzaga, “también favorecedor de la Compañía”. Igualmente favorables eran los de Rímini, Génova, Parma, Ferrara y Venecia. Contrarios eran los de Montalto, Imola y Nápoles, al decir del P. Pérez, que se detiene a contar con escrupulosidad las tensiones provocadas en la Iglesia italiana por los jesuitas españoles, inmigrantes a su pesar en tierra extraña, a la que finalmente llegaron a amar entrañablemente, hasta el punto de preferir quedarse en esta su segunda patria, cuando tuvieron ocasión para volver, con el permiso de Carlos IV de España.

El efecto que produjo esta emigración erudita en la cultura italiana sólo se comprende, como diría Menéndez Pelayo, leyendo algunos escritos de entonces, como este del P. Alonso Pérez, los del P. Luengo, ya citado, los de Rodríguez Lasso,³¹ o la oración académica que en 1781 pronunció el abate Antonio Monti en la Universidad de Bolonia, y que traduce el erudito santanderino: “Apenas habría quedado en Italia vesti-

²⁹ *Op. cit.*, fol. 113.

³⁰ Batllori, *op. cit.*, p. 268.

³¹ Enrique Giménez López y Jesús Pradells Nadal, “Los jesuitas expulsos en el viaje a Italia de Nicolás Rodríguez Lasso (1788-89)”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 15 (1996), pp. 233-253.

gio de las buenas letras y de los estudios, ni hubiéramos podido legar a los venideros monumento alguno digno de la inmortalidad, si por un hecho extraordinario que asombrará a todas las edades, no hubiera venido desterrada a Italia desde el último confín del mundo tanta copia de ingenios y sabiduría.”³² Y concluye: “Toda la enorme literatura de los expulsos fue producida en menos de treinta años. No presenta fenómeno igual la Historia Literaria.”³³ Si esta era la opinión de los eruditos que estudiaron el fenómeno desde un punto de vista estrictamente cultural, en la España de la época, como bien saben los historiadores, corrían de mano en mano los escritos clandestinos que pedían la muerte de Carlos III por haber decretado la expulsión. A los pocos días de ésta, el 16 de mayo de 1766, con una sorprendente celeridad, se hacía publico un edicto inquisitorial prohibiendo la lectura, incluso para los que tenían licencia previa, de doce octavas de autor anónimo que, con el título de *Gemidos de España*, comienza con el verso: “¿Por qué lloras tanto, triste Monarquía?” La última octava afirma que “Cuando se ve la Iglesia perseguida/ o alguna de sus ramas despreciada [...]. se puede, con cautela prevenida/ matar por una causa tan sagrada/ pues matar al tirano no es locura,/ que es opinión probable y muy segura”.³⁴ El tiranicidio, por tanto, sobrevive a la expulsión como doctrina aceptada por algunos españoles particularmente adictos a la Compañía. Lo cual pone en entredicho la tesis de una extensa secularización en la sociedad española del siglo XVIII.

³² Cascón, *op. cit.*, p. 380.

³³ *Ibid.* p. 431.

³⁴ Hay copia en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 19, 576, ff. 288-289) y en la Universitaria de Barcelona (C. 194-8-28).